

HISTORIA GENERAL
DE FRANCIA

POB

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 210 y 211.

BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
CALLE DE ROBADOR NÚM. 24 Y 26.

1874.

Véase el anuncio del dorso.

L47
1754



INSTITUTO DE LA PUEBLA

Entradas 210 y 211

IMPRESA Y LITHOGRAFIA DE LA PUEBLA
CALLE DE LA PUEBLA, NUMERO 100

Vase el anuncio del dorso.

Lebas y Saint-Just quisieron que se hiciese otra nueva tentativa sin pérdida de momento; Charleroy era la clave de la campaña, pues

fue atacado, y dióse tal impulso á las operaciones del sitio, que la ciudad se rindió al cabo de siete dias. La guarnicion acababa de



NAPOLEON BONAPARTE.

su rendicion facilitaba la marcha de los franceses hácia Bruselas, y obligaba al enemigo á abandonar cuantas posiciones tenia entre el Sambre, el mar y las plazas fuertes de la frontera. Efectuóse el paso del rio, Charleroy

abandonarla cuando tronó el cañon en las alturas de Fleurus; era Coburgo que llegaba para libertar la plaza por medio de una batalla decisiva. Despues de pasear sucesivamente y en detall sus masas centrales desde el Lys

al Sambra, se habia decidido á partir de Tournay para Charleroy, dejando en el Escalda á Clairfayt y al duque de York, seguido de setenta mil hombres, y formando un semicírculo en las alturas de Fleurus. La batalla fué muy encarnizada, y derrotado el enemigo, emprendió su retirada hácia Bruselas con una pérdida de cuatro ó cinco mil hombres (día 25 de junio).

La junta no aprovechó tan decisiva victoria para amenazar la línea del Mosa y la comunicacion directa de los imperiales con su base del Rhin, y se limitó á dirigir á Pichegru contra Brujas, y á Jourdan contra Mons, destacando de ambos ejércitos tres divisiones para atacar Landrecies, el Quesnoy, Valenciennes y Condé. El duque de York evacuó Brujas y Gante, y Coburgo, Bruselas; sus tropas, vencidas en todos los encuentros, se retiraron detrás de Dyle, donde se reunieron; mas los ingleses solo pensaron en cubrir la Holanda, y los austríacos en acercarse á Colonia. Separáronse pues, y de este modo proporcionaron á los dos ejércitos franceses, que acababan de reunirse en Bruselas, la ocasion única de aniquilarles á unos despues de otros (10 de julio); pero en vez de aprovecharla, Pichegru y Jourdan, apenas reunidos, se separaron tambien, el primero hácia Malinas y hácia Tirlemont el segundo. Pichegru persiguió muy lentamente á los ingleses, los cuales abandonaron Amberes y se retiraron hácia Breda, al mismo tiempo que Jourdan, mas activo, vencía á los austríacos en Louvain, obligábales á pasar otra vez el Mosa, y entraba en Lieja. Entonces los franceses se detuvieron por orden de la junta hasta que hubiesen capitulado las cuatro plazas de Flandes (25 de julio); los ingleses se hallaban acampados detrás de Breda y Eindhoven, y los austríacos dominaban el Mosa desde Ruremonda á Lieja.

Dugommier, tan entendido como bravo, forzó en los Pirineos el formidable campamento de Boulu, obligando á los españoles á replegarse; en tanto que Dunervion, aconsejado por Bonaparte, que mandaba la artillería del ejército de los Alpes, vencía á los piemonteses

en Saorgio, mas allá del collado de Tende.»

4.—La campaña de invierno se distinguió tambien por las ventajas que los franceses alcanzaron sobre los aliados. Jourdan batió á los austríacos en el Ourthe y luego en el Roer, rechazándolos poco despues á la otra parte del Rhin (5 de octubre), donde los prusianos que operaban en el Palatinado tuvieron que seguirles por dejarles á descubierto dicha retirada. Entonces los cuatro ejércitos franceses del Norte, Sambra, Mosa, Mosela y Rhin, se reunieron á orillas de este rio, estableciendo sus cuarteles de invierno. Ese fué terrible por lo riguroso aquel año: el frio bajó hasta diez y siete grados bajo cero, los soldados, mal vestidos y pagados, despues de un descanso de algunos días, se pusieron en marcha á través de los canales y rios, empujando á los ingleses y holandeses hasta que, por último, en el día 20 de enero de 1795 consiguieron entrar en Amsterdam. «Esa ciudad, famosa por sus riquezas, vió con justa admiracion diez batallones de aquellos bravos sin zapatos ni medias y hasta privados de los vestidos mas indispensables, en la precision de cubrir su desnudez con malos tejidos de paja, entrar triunfantes en su recinto al son de una música bélica, hacer pabellones de sus armas y alojarse por varias horas en la plaza pública en medio del hielo y de la nieve, aguardando con resignacion y sin murmurar á que se proveyese á sus necesidades y alojamiento.» Escuadrones de húsares corrieron al Tejel á tomar la escuadra holandesa encerrada por los hielos. Pronto, pues, se apoderaron de la Holanda, á la cual Pichegru constituyó en república batava. Desde allí podia aquel general volver sus fuerzas hácia el Rhin contra los prusianos, de suerte que la Alemania del Norte quedase abierta á las tropas y doctrinas políticas de la Francia.

Dugommier en los Pirineos Orientales alcanzó tambien señaladas ventajas, como lo fueron la toma de Bellegarde y el forzar el paso de las montañas, al que defendía una línea de setenta y siete reductos. Esta última batalla, conocida bajo el nombre de la Muga

(día 18 de noviembre), costó la vida á dicho general, que pereció en lo mas récio de la lucha. A consecuencia de esa victoria de los franceses la plaza de Figueras quedó abierta, al tiempo que al otro extremo de la cordillera pirenaica francesa Moncey conquistaba la provincia de Guipúzcoa. Mas no pasaron adelante los franceses conociendo, por la experiencia de la historia, cuán peligroso era atacar á los españoles en su propio país, que, por lo accidentado del terreno y por el espíritu y altivez de sus habitantes, parece destinado á ser la sepultura de cuantos ejércitos pretendan invadirle en son de guerra. No obstante, cumple confesar que las armas francesas salian á la sazón victoriosas por do quiera, menos en Italia, donde la cordillera de los Alpes les impedía avanzar como deseaban.

5.—Libre la Francia de la guerra intestina que la devoraba, pudo hacer frente á sus enemigos de fuera, que acaso contaban para el triunfo definitivo con sus desórdenes interiores, y en vista de las victorias conseguidas por las armas francesas, discurrieron la España y la Prusia celebrar la paz con aquella nacion. Tanto mas motivo tenia la Prusia para obtener ese resultado, en cuanto se trataba en aquel momento del reparto de la desdichada nacion polaca, en virtud del cual tocó á aquella la provincia de Varsovia (24 de octubre de 1794). La razon principal que movia á la España á desear la paz era que la menguada corte española se espantaba al menor estruendo de la guerra, á pesar del animoso deseo que los patriotas sentian de reconquistar la parte de España que en otro tiempo nos habian usurpado los franceses. Por lo tanto, se celebró la paz (tratado de Basilea, 5 de abril y 28 de junio de 1795), cediendo la Prusia sus provincias de la orilla derecha del Rhin, y la España la parte que le correspondia de la isla de Santo Domingo. Inútil es decir que aquel tratado envolvía el reconocimiento de la república y revolucion francesas por dos potencias muy importantes de Europa. El ducado de Toscana habia firmado la paz y por ende el reconocimiento del gobierno francés en febrero del mismo año.

Inglaterra, Austria y Cerdeña continuaban la guerra. La primera pretendia realzar en las provincias del Oeste de Francia el espíritu del partido realista, que se iba debilitando dia por dia á consecuencia de la implacable rivalidad que existia entre Charette y Stofflet: desembarcó en la Bretaña, en la pequeña península de Quiberon, dos divisiones de emigrados que el general Hoche, llamado del ejército del Rhin para ir á secundar la pacificacion de la Vendée, las destruyó al primer encuentro que tuvo con ellas (21 de julio de 1795).

6.—«Tantos triunfos fueron compensados por reveses marítimos. En Córcega, dos representantes se defendian todavia en Bastia contra la fuerza de Paoli, cuando bloqueados por la escuadra inglesa que acababa de salir de Tolon, viéronse obligados á rendirse (20 de junio), y la isla proclamó al rey de Inglaterra, el cual tomó el título de rey de Córcega. Los establecimientos de la India fueron arrebatados sin disparar un tiro. La Guadalupe fué perdida, recobrada y otra vez perdida. En la Martinica, Rochambeau, con cuatrocientos hombres, se resistió por espacio de treinta y dos dias en un fuerte apenas cerrado, contra seis mil apoyados por una armada, y tuvo al fin que rendirse. Santo Domingo era teatro de una espantosa guerra civil entre los negros y los blancos (1), y los ingleses se aprovecharon de ella para apoderarse de San Nicolás y de Puerto Príncipe. Finalmente, la Francia perdió la mas terrible batalla naval que hubiese dado jamás á los dominadores del mar: habia salido de Santo Domingo y se acercaba á las costas de Francia un convoy de granos, al que se habian unido algunos buques de los Estados-Unidos, formando un total de doscientas velas y escoltado únicamente por tres fragatas. El almirante Howe cruzaba por el golfo de Gascuña con treinta y ocho buques con objeto de capturar el convoy de que dependia en aquel momento la vida de Francia, presa de una horrible escasez; y Saint-André y Prieur,

(1) En 4 de febrero de 1794 la Convencion habia decretado la abolición inmediata de la esclavitud en las colonias, reconociendo á todos los habitantes sin distincion de color, como á ciudadanos franceses.

desplegando maravillosa actividad y prodigando el oro, hicieron salir de Brest veinte y seis naves tripuladas por campesinos, á quienes debió enseñarse la maniobra durante el camino, y mandadas por un simple capitán, llamado Villaret-Joyeuse. Á cien leguas de la costa, avistóse la escuadra inglesa, y Saint-André, que montaba un navío de ciento treinta cañones, impulsado por el ardor de la tripulación, trabó un combate que estaba en su mano evitar (1.º de junio de 1794). Sin embargo, el entusiasmo no suple la experiencia en los combates marítimos, y á pesar del furioso valor de los republicanos, los ingleses rompieron el centro, envolvieron y aniquilaron el ala izquierda, y obligaron á la derecha á permanecer espectadora de la lucha. Los franceses perdieron ocho mil hombres y siete navíos: uno de ellos, el *Vengador*, se fué á pique á los gritos de «¡Viva la república!» Los ingleses quedaron horrorizados de su victoria, y celebraron el heroísmo de los vencidos; su escuadra habia sufrido tales averías, que se vió obligada á refugiarse en sus puertos, y el convoy de Santo Domingo pudo llegar á Francia sin obstáculo.»

7.— Con las reformas que á la muerte de Robespierre habia practicado la Convencion, victoriosa de los motines y sublevaciones subsiguientes del 9 del termidor, quedaba casi abolida la constitucion de 1793, que, en realidad no se habia practicado todavía; pero no bien hubo vencido á los emigrados, así como á los extranjeros que á estos protegían, se resolvió á desecharla por completo y formar otra mas democrática en verdad... Porque se ha de advertir que muchos políticos han entendido siempre que la democracia, gobierno del pueblo, excluía á todas las clases de la sociedad menos la última que se ha dado en llamar el pueblo, como si al pueblo no pertenecieran también todas las personas de una república. La democracia entendida así es demagogía, es anarquía, es estupidez, es ignorancia, porque supone únicos aptos para dirigir los destinos de una nación á los que forman parte honradísima del cuerpo social, mas con la cual

se mezcla por desgracia lo mas abyecto, lo mas indigno, infame y criminal de la especie humana, y los precitos de la tierra con los que en épocas de transición y desorden pretenden influir é influyen con su ignorante osadía en los destinos de los pueblos. El gobierno democrático, pues, no exige que todos los poderes residan en manos del llamado pueblo en menoscabo de los otros que no se quiere que á él pertenezcan; de lo contrario, se tendria una tiranía peor que la de todos los gobiernos.

Imbuidos quizás de esas ideas de eterna justicia, once miembros de la Convencion propusieron á esta una nueva distribución del poder legislativo, y la Asamblea la adoptó dividiendo el poder entre dos grandes corporaciones, la de los *Quinientos*, encargada de proponer y discutir las leyes, y la de los *Ancianos*, obligada á examinarlas y sancionarlas. Además el poder ejecutivo se puso en manos de un *Directorio* compuesto de cinco miembros, renovándose cada año con un miembro nombrado por el poder legislativo: el ejecutivo era responsable. Sin embargo, en honor de la verdad, cúmplenos decir que aquella constitucion del año III de la república no produjo mas que un gobierno débil y en gran parte anárquico, debido probablemente al estado inquieto y desmoralizado, políticamente hablando, de la nación francesa.

8.— Tan notable era la reacción que se habia operado en el ánimo de los franceses, que los realistas esperaban una próxima restauración y contaban con numerosos partidarios en varias secciones de la guardia nacional de París, con el apoyo del general Pichegru, que no habia vacilado en venderse á dicho partido por un millon de francos al contado y una renta anual de doscientos mil. Creían además los monárquicos, en vista del retroceso de las ideas revolucionarias, que en las próximas elecciones sacarían mayoría de diputados que les permitiera cumplir pacífica y legalmente la contrarrevolucion que proyectaban. Acaso los monárquicos estaban seguros de su triunfo, pues eso parece declarar la resolución que tomaron los convencionales decretando que los

dos tercios de diputados á la próxima Asamblea habian de elegirse de entre los miembros de la Convencion. De esa manera los monárquicos no podrian enviar á las nuevas cortes mas que una impotente é insignificante minoría, y el triunfo de la revolucion quedaba por entonces asegurado.

Conociendo los realistas el tiro directo que á ellos iba, se agitaron sin descanso hasta con-

los sucesos del 9 del termidor: era este Napoleón Bonaparte. Los defensores de la Asamblea no contaban sino con unos siete mil soldados; mas en pocas horas Bonaparte hizo de las Tullerías una fortaleza ó un campo atrincherado si se quiere; los seccionarios fueron recibidos con un fuego violento de metralla en el puente Real, en la calle de San Honorato y delante de la iglesia de San Roque,



BONAPARTE EN MEDIO DE UN MOTIN.

seguir que se sublevaran las secciones de la guardia nacional con que podian contar, y estas, en número de cuarenta mil hombres, marcharon en son de amenaza á las Tullerías donde la Convencion estaba reunida. Barras, encargado de defender aquella corporacion gubernamental, tomó por lugarteniente á un joven general cuyos brillantes servicios delante de Tolon habian señalado gloriosamente, pero que habia sido destituido á consecuencia de

siendo en poco tiempo derrotados, puestos en fuga y dejando á unos quinientos de los suyos tendidos en el campo de la lucha: los restantes fueron desarmados en pocos dias (13 vendimiario, 5 de octubre de 1795).

9.—Tres semanas despues la Asamblea votaba su disolucion dando tal vez su mision por terminada. Las imperiosas necesidades de la lucha no habian permitido á las Asambleas francesas realizar las reformas políticas y so-

ciales que la revolucion demandara; pero á lo menos habian acumulado los inmensos materiales que la generacion subsiguiente utilizó: la Convencion habia logrado la unidad de Francia, preparado un código uniforme para todos, decretado una instruccion nacional y la fundacion de la Escuela normal, de las Escuelas centrales y primarias, de las Escuelas de Medicina, del Conservatorio de las Artes y Oficios, de las Cátedras de Lenguas vivas, de la Oficina de las Longitudes, del Conservatorio de Música, del Instituto, del Museo de Historia natural, y por último, instituyó la unidad de pesos y medidas decretando la admision del sistema métrico.

Verdad es que con tales medidas habia satisfecho algunas necesidades imperiosas que la nacion vecina sentia; pero en cambio ¡cuántos males no produjo con otras medidas, cuántos desórdenes con sus odios de partido! en primer lugar observemos que la emision desordenada de asignados, de los cuales se pusieron en circulacion por cuarenta y cuatro millones de francos, causó el mayor trastorno y confusion en la riqueza pública, de suerte que quedaron arruinadas completamente muchos miles de familias; en segundo lugar la ley del *máximum* acabó de arruinar al comercio todo despues del gran quebranto que le hizo sufrir aquella emision. Con la venta de los bienes nacionales entregó al trabajo fecundo de los nuevos propietarios inmensos dominios poco ó casi nada productivos hasta entonces. Las medidas que debemos aplaudir fueron las que disponian socorro y asilo para el enfermo y el niño desamparados, y la que prescribia la abolicion de la pena de muerte para cuando el país gozara de paz.

Terminemos aquí el juicio sobre aquellos terribles legisladores con estas elocuentes palabras que Thiers les dedica en su historia de la revolucion francesa: «La Asamblea constituyente habia tenido que destruir el antiguo régimen feudal y fundar una nueva organizacion; la Asamblea legislativa habia tenido que emprender esa organizacion en presencia de la monarquía consignada aun en la cons-

titucion. Tras una prueba de algunos meses comprendió y declaró la incompatibilidad del rey con las nuevas instituciones y su complicidad con la Europa conjurada: suspendió al rey y la constitucion y luego se disolvió. La Convencion encontró, pues, á un rey destronado, una constitucion anulada, la guerra declarada á la Europa, y por todo recurso una administracion enteramente destruida, un papel-moneda desacreditado, viejos cuadros de regimientos desorganizados y huecos.

Por lo tanto, la Convencion no tenia la tarea de proclamar la libertad en presencia de un trono débil y despreciado; sino que habia de defender aquella libertad en contra de la Europa toda, y eso era muy distinto. Sin espantarse por un solo momento proclamó la República á la faz de los ejércitos enemigos, y luego inmoló al rey para cerrarse toda retirada: se apoderó en seguida de todos los poderes y se constituyó en dictadura. Eleváronse en su seno voces que hablaban de humanidad, cuando no queria ella oír hablar mas que de energía: las sofocó. Pronto esa dictadura que se habia arrogado sobre la Francia en la necesidad de la conservacion general, se la arrogaron sobre ella doce miembros por la misma razon y en la misma necesidad. Desde los Alpes al mar, de los Pirineos al Rhin, aquellos doce dictadores se apoderaron de todo, de los hombres y de las cosas, y comenzaron con las naciones de Europa la lucha mas terrible y grande de que haga mencion la historia. Para quedar directores supremos de esa obra inmensa, inmolaron alternativamente todos los partidos, y, conforme la condicion humana, desplegaron los excesos de sus cualidades. Esas cualidades eran la fuerza y la energía; los excesos fueron la crueldad. Derramaron torrentes de sangre hasta que, hechos inútiles por la victoria y odiosos por el abuso de la fuerza, sucumbieron á su vez. La Convencion tomó entonces para sí la dictadura y comenzó poco á poco á aflojar los resortes de su administracion terrible. Tranquilizada con la victoria, dió oídos á la humanidad y se entregó á su espíritu de regeneracion. Deseó todo

lo que hay de bueno y de grande; lo ensayó por espacio de un año; pero los partidos que permanecieran amortiguados bajo una autoridad implacable, renacieron bajo una autoridad clemente. Dos facciones, en las que se confundían bajo infinidad de matices los amigos y los enemigos de la revolución, la atacaron alternativamente.

Venció á los unos en el germinal y pradiel, á los otros en vendimiario, y hasta el último momento se mostró heroica en medio de sus peligros. Redactó por último una constitucion

republicana, y despues de tres años de lucha con Europa, con las facciones, consigo misma, sangrienta y mutilada, se disolvió y transmitió la Francia al Directorio. Su recuerdo ha quedado terrible; mas para ella solo hay un hecho que alegar, uno solo, y todas las acusaciones caen en presencia de ese hecho inmenso: ¡salvó á la Francia de la invasion extranjera! Las precedentes Asambleas le habian legado la Francia comprometida, ella legó la Francia salvada al Directorio y al Imperio.»



LIBRO DÉCIMOQUINTO.

EL DIRECTORIO Y EL CONSULADO.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Situacion de la república, la hacienda y los partidos á fines de 1795.—2. Napoleon Bonaparte.—3. Conspiracion de Babeuf.—4. Campaña de Bonaparte en Italia. Victorias de Montenotte, Millesimo, Dego y Mondovi.—5. Armisticio de Cherasco.—6. El puente de Lodi y conquista de Lombardia.—7. Lonato, Castiglione, Bassano.—8. Bloqueo de Mantua.—9. Alemania. Retirada de Moreau.—10. Alianza de España y Francia.—11. Últimas victorias de Bonaparte en Italia. Alvinzy, Arcola, Rivoli; conquista definitiva de Italia.—12. Operaciones marítimas contra Inglaterra.—13. Preliminares de Leoben.—14. Bonaparte y los italianos. Venecia, La república cisalpina.—15. Paz de Campo-Formio.

1.—El dia siguiente al de la disolucion de la Convencion se constituyeron en gobierno el consejo de los Ancianos y el de los Quinientos (27 de octubre). Esa corporacion se componia de dos terceras partes de convencionales y el otro tercio se formó con diputados nuevamente elegidos. Los Ancianos tomaron por presidente á Reveillere-Lepeaux y los Quinientos á Daunou. Tras algunas dis-

cusiones nombraron á los pocos dias un directorio compuesto de cinco de los que habian votado la muerte de Luis XVI, y eran el presidente del consejo de los Ancianos, ó simplemente del consejo, con Rewbel, Letourneur, Carnot y Barras. Los tres primeros se dieron á conocer siempre por su probidad y diligencia; pero es lo cierto que eran muy inferiores al cargo que se les habia encomendado. Car-

not, como hemos tenido ocasion de notar, era el hombre superior, el alma de aquel gobierno, y Barras era considerado, por su firmeza y discrecion, como lo habia patentizado en el 9 del termidor y en el 13 del vendimiaro. Este era quien habia tomado por su lugarteniente al jóven Bonaparte, que muy pronto habia de hacerse superior á todos los genios

un pliego de papel al nuevo gobierno para expedir su primer mensaje... ¿Y por qué no hemos de decirlo? la nacion se parecia en cierto modo al Luxemburgo, es decir, que el estado de la república era tan desconsolador para el filósofo y amante de su patria como el Luxemburgo para los gobernantes. El espíritu de los partidos se agitaba turbulento é in-



SOLDADOS FRANCESES DEL EJÉRCITO DE ITALIA.

militares de su época y deslumbrar á sus compatriotas con el esplendor de señaladísimas victorias.

Establecióse el nuevo gobierno en el Luxemburgo que se hallaba completamente desamueblado, achacando algunos la culpa á los anteriores gobernantes que no habian ejercido bastante vigilancia para impedir que algunos aventureros políticos hicieran su agosto apropiándose lo que no les pertenecia. El conserje del palacio tuvo que prestar una mesa y

transigente; los empleados y consejos administrativos, ó no administraban, ó, si acaso, mal; los departamentos, cantones y municipios sufrían la misma desorganizacion, idéntico desórden que la capital, porque habia cundido la inmoralidad administrativa como el contagio pestilencial; la autoridad no era respetada, y podemos decir que el mas fuerte ó mas astuto era el único que salia en bien con su voluntad, y de esa paralización de gobierno, como se ha de presumir, nacian todos

los sufrimientos de la nacion: el Tesoro público estaba exhausto; los ejércitos no recibían con la puntualidad que exige la mas apremiante necesidad provisiones, municiones ni vestidos. Mas como pudiese darse á nuestra lúgubre pintura menos fe de la que con nuestra imparcialidad nos hemos propuesto merecer, continuaremos algunas palabras de un histo-

soro se encontraba exhausto. Desde el 19 del termidor se habían gastado diez y siete mil millones en papel, y unidos estos á los doce ó trece mil millones que ya existían, menos los diez mil millones amortizados, quedaban todavía en circulación diez y nueve ó veinte mil millones. Es cierto que la Convención había empezado una especie de bancarota, es-



ENTRADA DE LOS FRANCESES EN MILAN (MAYO DE 1796).

riador francés, nada sospechoso, en verdad, con respecto á ese punto. Hé aquí como se expresa:

«La situación era deplorable, y podía decirse que la Francia marchaba por sí sola: tal era la impotencia del gobierno y la anarquía que en el mismo reinaba: los ejércitos eran diezmados por la desercion, faltaban los víveres, y la administración parecía deber sorprender su curso; los funcionarios daban su dimision por no morirse de miseria, y el Te-

tableciendo para los asignados una escala de reduccion proporcional al número de las emisiones hechas; pero dicha escala solo quitaba al asignado cuatro partes de su valor, siendo así que solo valia la centésima parte del mismo. Así, pues, los veinte mil millones solo representaban doscientos millones, y su valor ficticio introducía la confusion, mas aun en los servicios públicos, que en las transacciones particulares. En efecto, los ciudadanos cambiaban entre sí los asignados solo por su valor

real, y hasta se negaban, no existiendo ya el terror para obligarles á ello, á recibirlos de otro modo del gobierno; pero el Estado, que debia percibir por contribucion cincuenta y ocho millones mensuales, solo cobraba quinientos mil francos en cuanto era pagado en asignados, y como gastaba ochenta ó cien millones efectivos, se veia en la precision de emitir mensualmente ocho ó nueve millones en asignados. Esto hizo que, desde el primer dia de su instalacion, autorizasen los consejos al Directorio para hacer frente á las primeras necesidades con la emision de tres mil millones de asignados, que produjeron veinte y cinco ó treinta, y entonces acabó de comprenderse la necesidad de salir á toda costa de semejante ficcion, y de restablecer el orden en los valores todos. Procurar el alza del papel absorbiéndolo, es decir, vendiendo los bienes nacionales, era imposible, en cuanto era harto odioso el origen de los mismos, su valor superior en mucho á la riqueza pública y estaba la revolucion minada por las tentativas realistas; pero podia penetrarse con audacia en la realidad, declarando que los veinte mil millones de asignados solo valian doscientos. Esto equivalia á una bancarota, pero á una bancarota semificticia, pues nadie habia conservado los asignados de las primeras emisiones, todos habian ido perdiendo gradualmente su valor, y los veinte mil millones existentes solo habian sido recibidos por doscientos por sus poseedores. Á pesar de esto el nombre de bancarota infundió miedo, y adoptáronse mezquinas medidas que no hicieron mas que prolongar el mal; necesitábanse mil quinientos millones para los gastos del año corriente, y se decretó: 1.º que la contribucion territorial fuese pagada la mitad en productos y la otra mitad en asignados, reducidos á la décima parte de su valor nominal; la de aduanas, la mitad en numerario y la otra mitad en asignados al mismo tipo, y las atrasadas de las cinco anteriores estimadas en trece mil millones en asignados al par; 2.º que se hiciese un empréstito á los capitalistas, dándoles cédulas con hipoteca especial sobre ciertos bie-

nes nacionales; 3.º que se impusiera á las clases ricas un empréstito forzoso de seiscientos millones, pagadero en valores reales, es decir, en numerario ó en asignados reducidos á la centésima parte de su valor, de modo que el Estado podia amortizar veinte mil millones de papel por doscientos millones, y emitir nuevos asignados á los cuales debia dar crédito la absorcion de los antiguos.

Estos diferentes medios produjeron resultados muy lentos, especialmente el último, que excitó vivisimos clamores, y el Directorio, para salir de sus primeros apuros, debió emitir otros veinte y cinco mil millones de asignados para tener doscientos millones reales. El papel solo valia las dos centésimas partes de su valor nominal; nadie lo admitia, y trabajadores, propietarios y rentistas, no admitian los pagos sino en numerario. Así las cosas, imaginó el gobierno reemplazar el asignado por *mandatos* territoriales que representasen el valor fijo de los bienes nacionales, y á cuya presentacion debian ser entregados dichos bienes sin licitacion y por un precio igual á veinte y dos veces la renta; lo cual equivalia á una reproduccion de los asignados con un valor determinado relativamente á los bienes. Creáronse dos mil cuatrocientos millones del nuevo papel y empleóse la tercera parte de esta suma en retirar de la circulacion todos los asignados. Las emisiones se elevaban á cuarenta y cinco mil millones, de los cuales quedaban en circulacion veinte y cuatro mil; redujéronse estos á la trigésima parte de su valor, es decir, á ochocientos; fueron cambiados por ochocientos millones en mandatos, y se rompió la plancha de los asignados (18 de marzo de 1796).

El estado de la hacienda y las varias medidas empleadas para remediarlo, excitaron animadas discusiones entre los consejos y el Directorio, si bien el cuerpo legislativo se mostró generalmente dispuesto á apoyar al gobierno y á proporcionarle medios de accion. Confirió á los directores el derecho de suplir las elecciones no verificadas en los tribunales y en las administraciones departamentales, obligó

á todos los jóvenes á quienes cayera la suerte de soldado á marchar á sus banderas, abolió la municipalidad de París, dividiéndola en doce distintas municipalidades, formó un ejército del interior en Grenelle, creó una guardia del Directorio y otra de los consejos, etc. Estas medidas, la actividad del nuevo gobierno, y sobre todo la reaparición del numerario, restablecieron en parte el orden y la prosperidad; el comercio cobró nueva vida, cesó el hambre, y pudo ponerse fin á la distribución de raciones en la capital. La idea dominante de cada uno era rehacer su bienestar material, volver á su vida ordinaria, y gozar de algún reposo; las pasiones políticas se habían amortiguado, y nadie se hacía ya ilusiones sobre el porvenir; habíase desvanecido la creencia en una necesidad perfecta, en una libertad absoluta, en una era de felicidad; conocíase ser aquella una época de transición, se consideraba al gobierno directorial como una especie de compromiso entre todos los partidos, y solo se deseaba su conservación por temor de nuevos trastornos, de los que no se veía salida, pues nadie preveía la entronización del poder militar. «El pueblo, burlado en sus esperanzas, extraviado por las intrigas del realismo, absorto cada día por el afán de vivir el día siguiente, languidecía en una profunda indiferencia y en un cierto odio á la revolución.

Á pesar de la universal apatía, consecuencia lógica de una época de agitación y sufrimiento, los dos grandes partidos que hacia seis años dividían á la Francia en dos opuestos campos, es decir, el de la revolución y el del antiguo régimen, continuaban existiendo, y dividían á los consejos en dos bandos contrarios, en republicanos y en monárquicos. Los primeros eran los hombres adictos á la revolución, dispuestos á sacrificarlo todo para salvarla, hasta la constitución: este partido, formado generalmente por los exconvencionales, tenía tras de sí á los restos de las varias fracciones de la Montaña, que deseaban la destrucción de aquel estado de cosas y el restablecimiento del poder de la multitud con la

constitución del 93. Los monárquicos, que se daban el nombre de constitucionales, presentábanse como los campeones de la legalidad, y parecían ser mas liberales que los hombres de la revolución; mostrábanse impacientes de abolir todas las medidas transitorias del gobierno revolucionario al régimen constitucional; querían que la monarquía saliese legalmente, por decirlo así, del experimento que de la república se hiciera, y en fin, sin mantener conocidas relaciones con los Borbones, trabajaban con ardor en su restauración. Componían este partido los antiguos girondinos ó miembros de la Llanura, y sobretodo los diputados recién elegidos, «quienes envaneciéndose de no haberse manchado con los actos de la revolución, los condenaban en masa.» Apoyado en la clase media, gozaba de gran poder en cuanto parecía una consecuencia de la reacción termidoriana, y en cuanto era acudido por hombres eminentes como Lanjuinais, Boissy-d'Anglas, Barbé-Marbois, Pastoret, Portalis y Dupont (de Nemurs). En pos de él venían los realistas puros que conspiraban cuasi abiertamente para el restablecimiento del antiguo régimen y de la familia caída, y entre ellos hacíanse notables Vau blanc, uno de los jefes del 13 de vendimiario, Job Aymé, quien había intentado hacer del Delfinado otra Vendée, y Mersan y Lemerer, agentes secretos del pretendiente. Los republicanos, recordando todavía la reacción termidoriana, se mantenían en la defensiva en posición muy poco halagüeña, pues habían perdido el apoyo del pueblo, y rechazaban el auxilio de los jacobinos, reducidos á no ser mas que una secta oscura de hombres comprometidos y desesperados. Por el contrario, los realistas nada habían perdido de su audacia á pesar del 13 del vendimiario; veíanse representados en el cuerpo legislativo, tenían en su favor á casi todos los periódicos: y lograban poco á poco hacer retroceder la revolución: tanto que obtuvieron la absolución de los diputados acusados de los sangrientos excesos del Mediodía, la amnistía de los conspiradores del vendimiario, la modificación de la

ley que excluía á los parientes de los emigrados de las funciones públicas, etc.»

El Directorio, para salir de aquel inmenso atolladero, resolvió tomar grandes medidas; reformó la administracion empleando en ella personas entendidas y patriotas; decretó el empréstito forzoso de seiscientos millones sobre los ricos para hacer frente á las mas imperiosas necesidades; se dió la libertad al comercio de cereales; sofocó algunas tentativas de los monárquicos, que, conforme se recordará, habian tomado nuevos bríos durante los últimos tiempos de la Convencion; se juró en el consejo de los Ancianos y en los Quinientos, así llamados por el número de miembros que constituía dicha asamblea, *odio á la monarquía*, y se decidió pacificar por completo el reino antes que dar vigoroso impulso á la guerra con el extranjero.

Los emigrados, secundados por sus partidarios que no habian abandonado el país, intentaron, con ayuda de los ingleses, sublevar la Vendée desembarcando en ella. Charette les dió la mano rompiendo así el tratado de paz que firmara. Mas el hermano del pretendiente que mas tarde habia de reinar con el título de Carlos X, se negó á desembarcar en aquel país so pretexto de que el general Hoche habia hecho retroceder, y eso era cierto, á los sublevados de Charette. Los desgraciados jefes de los vendeanos tuvieron pronto que huir, siendo uno de ellos, Stofflet, entregado por los suyos y pasado por las armas (26 de febrero de 1796). Un mes despues caía Charette en una emboscada que le pusiera el ayudante general Travot, y á pesar de haberse defendido desesperadamente, fué llevado á Nantes y allí sentenciado á la última pena.

El nuevo gobierno, libre ya de peligrosos disturbios interiores, pudo dedicarse con atencion á llevar adelante la guerra extranjera: expidió leyes terribles contra los desertores; mandó hacer generales requisas de hombres y caballos, y con los nuevos recursos que adquirió resolvió que sus ejércitos traspasaran finalmente el Rhin y los Alpes que hasta entonces habian parecido las infranqueables bar-

reras de los ejércitos franceses. Era indispensable, no obstante, buscar buenos generales que inspirasen mas confianza, y en consecuencia el Directorio puso al frente del ejército del Rhin á Moreau en sustitucion de Pichegru, cuya conducta empezaba á inspirar dudas y recelos: á la cabeza del ejército de Italia se puso al jóven Napoleon Bonaparte, merced á la proteccion de Barras, que sin duda adivinara en el jóven corso el genio militar que debia ser el asombro de aquella generacion.

2.—Napoleon Bonaparte nació en Ayaccio (Córcega) el 15 de agosto de 1769. Su padre, Carlos Bonaparte, juez en Ayaccio y diputado de la nobleza corsa en 1779, murió en 1785. Su madre, Leticia Ramolino, murió en Roma el año 1839, despues de haber visto la gloria primero, y el desgraciado fin despues, de su hijo. Nada de extraordinario tuvo la infancia de Napoleon, y lo sentimos por los escritores franceses que pretenden rodear la cuna de su héroe con la auréola del genio y de la predestinacion á las victorias y grandes fazañas. Á la edad de diez años fué admitido, merced á la proteccion del señor de Marbeuf, en la escuela de Brienne, donde se daba una instruccion militar. No tardó en distinguirse por su aficion á las matemáticas. Cinco años despues pasó á la Escuela Militar de París con este certificado de Keralio: «Napoleon Bonaparte, nacido el 15 de agosto de 1769.—Talla, cuatro piés, diez pulgadas y diez líneas: de buena complexion, excelente salud y carácter sumiso. Ha terminado el cuarto año de estudios. Honesto y agradecido, su conducta es muy regular. Se ha distinguido siempre por su aplicacion á las matemáticas: sabe regularmente de Historia y Geografía; es flaco en ejercicios de adorno. *Será un marino excelente.* Merece pasar á la Escuela de París.»

Nombrado cadete noble el 22 de octubre de 1784, al tiempo mismo que su hermana Elisa entraba en la escuela de Saint-Cyr, observó en dicha Escuela una conducta tan regular como en Brienne. Reservado, taciturno, aplicado al estudio, se distinguió al breve tiempo. Entonces fué cuando acaso se des-

pertó su gusto á las grandes proezas de los capitanes de la antigüedad; pues se le vió, hasta en las horas de recreo, apartarse de sus condiscípulos y entregarse al estudio histó-

y luego pasó á Valence, en donde cultivó la amistad de la señora Colombier. Tenia esta una hija muy bella que agradaba á Napoleon y que le tenia afecto. Mas el jóven militar no

tuvo con ella mas que inocentes citas. Entre tanto no descuidaba un solo dia sus estudios, mientras se lo permitieran los libros que podia proporcionarse. Devoraba la lectura y hacia economías para comprarse buenos libros.

El año 1787 fué trasladado de guarnicion á Auxona, donde se llevó á su hermano Luis, padre de Napoleon III, cuya educacion y manutencion tomó á su cargo. Bonaparte se hacia él mismo la cocina, y, segun dicen, no hacia mal puchero. Dióle entonces deseo de disputar un triunfo académico sobre una cuestion propuesta por la Academia de Lion, y presentó su discurso; pero el triunfo fué para Daunou, y á él ni siquiera le dieron una mencion honorífica.

Quería mucho á su país, y de ahí que, cuando Paoli quiso dar la isla de Córcega á los ingleses en el año de 1792, el jóven Bonaparte (1) formó parte de la espedicion dirigida contra aquel antiguo amigo de su familia. La espedicion fracasó y tuvo que huir con todos los suyos, refugiándose él en Marsella, donde su madre y hermanas vivieron mucho tiempo con suma estrechez y penuria. «Mi familia fugitiva,

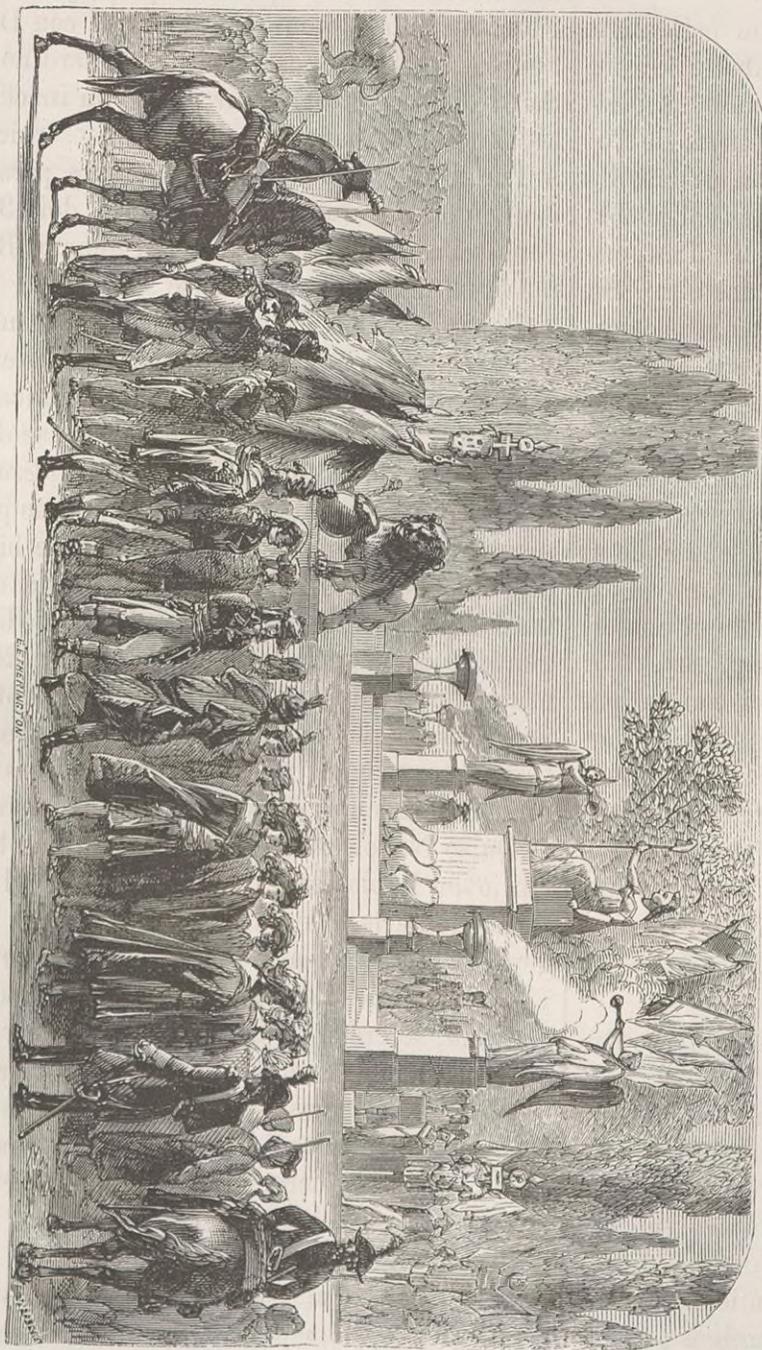
dice Luciano Bonaparte, uno de los cinco hermanos, llegó al puerto de Marsella. En cali-

rico de César, Polibio y Plutarco. Once meses despues de su entrada en la Escuela Militar, recibió el grado de teniente segundo en el regimiento de artillería de la Fere.

Dió su primera guarnicion en Grenobles,

(1) Le llamamos ya así, á pesar de que hasta tomar el mando del ejército de Italia firmó siempre Buonaparte, que era el verdadero apellido suyo.

LA FIESTA DE LA VICTORIA.



dad de refugiados patriotas, obtuvimos raciones de pan de municion y módicos socorros, si bien que suficientes para vivir, mayormente gracias á la economía de nuestra buena madre.»

Con motivo de la insurreccion federalista de Marsella, que Bonaparte combatió, dieron á este el grado de capitán; y cuando el ejército de la Convencion atacó el puerto de Tolon, del que se habia apoderado la escuadrilla hispano-inglesa, los representantes del pueblo le nombraron comandante de su batallon, encargándole dirigir la artillería del sitio. Su general, que si era muy bravo, tenia poca capacidad, no le pedia mas que abrir una brecha por donde pudiera pasar con sus granaderos; pero Napoleon sostuvo que no habia que ocuparse de la plaza sino de la escuadra, que huiria tan pronto como conociera que le iban á cortar la retirada. Luego señalando al general y á los representantes un punto al extremo meridional de la rada, desde el cual se podia ametrallar los buques enemigos, dijo: «Aquello es Tolon.» Siguióse su consejo por el general Dugommier que reemplazara á Cartaux, y los ingleses tuvieron que abandonar á Tolon que, no pudiendo salvar, incendiaron al marcharse. En recompensa Bonaparte fué nombrado brigadier (general de brigada), tomando el mando de la artillería del ejército de Italia donde se distinguiera por la excelencia de sus planes.

«Recompensad á ese jóven, habia dicho Dugommier, porque, si se es ingrato con él, hará progresos por sí propio.» Pero vino la cuestion del 9 de termidor, y como era amigo de Robespierre, menor, fué delatado por un envidioso y quedó privado de su empleo, sin recurso alguno y sin que ninguna oficina militar quisiera aprovechar sus conocimientos, como ofrecia, para vivir. Tenia por amigos á Bourrienne, Marmont, Chauvet, Volney y el actor Talma. Vivia en la calle de la Michodiere con el bravo Junot, sargento primero que se habia distinguido en el sitio de Tolon, y que cubierto de polvo por un obús, cuando estaba escribiendo una carta, observó: «¡Bueno! aho-

ra sí que no tengo necesidad de la salvadera.» Pasaron él y Junot á vivir en la calle de Mail, donde, como puede presumirse, tenian una habitacion mas que modesta. Su mayor distraccion consistia en pasearse por el jardin de Plantas, trabando entonces amistad con Daubenton, los hermanos Thouin, Bernardino de Saint-Pierre y otros. Aburrido de su inaccion pidió permiso para ir á ofrecer sus servicios á Turquía, cuando afortunadamente para él ocurrió la sublevacion, si se quiere, del 13 de vendimiario, en cuya ocasion el general Barras le tomó por lugarteniente suyo.

Daba cierto dia el novel general su ronda, cuando alguna gente del pueblo hambrienta dejaba oir murmullos que podian calificarse de motin. Una mujer gorda y robusta se desgañitaba gritando que aquellos *charreterones* se burlaban de la miseria del pueblo y no pensaban mas que en engordar. «Miradme bien, dijo Bonaparte; ¿quién de los dos está mas gordo? (Napoleon estaba muy flaco). Toda la gente se echó á reir con gran confusion de la mujerona, á quien avergonzaron la chacota y vayas de la muchedumbre. No tuvo mucho tiempo ese mando; pues á los pocos meses fué nombrado general del ejército de los Alpes.

Quiso Napoleon casarse antes de marchar. Un jóven habia ido á reclamar, cuando el desarme de París, la espada de su padre: era Eugenio de Beauharnais. Bonaparte se la devolvió haciéndole algunas caricias. Su madre, Josefina, se creyó obligada á una visita y fué á ver al jóven general, quien se sintió seducido por las gracias de aquella viuda. Barras medió en el asunto é hizo acelerar el matrimonio. No hubo ceremonia religiosa, la cual, en cambio, se celebró tres años despues con motivo de la consagracion del cetro de Bonaparte. Burlábanse algunos de la viuda por aquel enlace, y hasta el notario Raguideau le dijo que habia hecho mal de casarse con un jóven que no tenia mas que la *capa y la espada*. Bonaparte estaba en un aposento contiguo y oyó esa reprension que retuvo muy bien en su memoria; pues el dia de su coronacion, y despues de haber mandado llamar al

bueno de Raguideau, le enseñó la capa y la espada ensangrentadas, convertidas en manto y espada de Carlo-Magno. Decíamos, pues, que fué nombrado para el mando del ejército de Italia, y, no obstante su recién matrimonio, marchó á la cabeza de sus tropas, diciendo al ponerse en camino: «Dentro de un mes estaré en Milan ó en París.»

3.—«En tanto que el Directorio arrebatava al realismo su campo de batalla, los terroristas, que solo eran ya la hez de los revolucionarios, sin apoyo en clase alguna de la poblacion, y sin mas jefes que antiguos cómplices de Herbert, trataban de reconquistar el poder por medio de una conspiracion. Este plan fué concebido por un cierto Babeuf, hombre de frenética exaltacion, que en su periódico, imitado de Marat, pretendia establecer «el reino de la felicidad comun.» Para aumentar el número de sus partidarios, empezó por abrir en el Panteon un club, que el Directorio mandó cerrar; entonces formó una sociedad secreta para «proscribir á todos los impuros, poner los ricos á merced de los pobres, y libertar al pueblo,» y de ella formar parte Vadier, Amar y otros varios convencionales, muchos oficiales destituidos, exmiembros de las juntas revolucionarias, artilleros de las secciones, etc. Esta conspiracion no dejaba de ser terrible, no solo por el número de los conjurados, que se elevaba á diez y siete mil, sino por su fanatismo, su acertada organizacion, y sus proyectos de trastorno social, que debian darle por aliados á todos los bandidos y criminales; pero en el momento en que debia estallar, Babeuf fué vendido y preso (10 de mayo). El gobierno publicó su plan que excitó profundo horror y aumentó la indignacion contra los hombres del 93: y si bien los conjurados intentaron promover algunas asonadas en París, y setecientos ú ochocientos trataron de sublevar el campamento de Grenelle (10 de setiembre), fueron siempre recibidos á sablazos y hechos prisioneros en su mayor parte. Tres convencionales y treinta y cinco conjurados fueron fusilados y los demás deportados. Babeuf, juzgado por un tribunal de justicia,

fué condenado á muerte y ejecutado con uno de sus cómplices.

La derrota de los jacobinos y la pacificacion del Oeste inspiraron al gobierno confianza en su fuerza, é hicieron creer en la duracion de aquel estado de cosas. «La república navegaba con viento en popa, dice Thibaudeau; todo se unia á ella y seguia su fortuna; en Francia, en Europa, era grande, respetable y respetada.» En efecto, aquella era la época de la memorable campaña de Italia, campaña en que la revolucion obtuvo los mas señalados triunfos, en la que Napoleon dió principio á su maravillosa carrera y «á la novela de su vida.»

4.—Atrevido era el plan de campaña para el año 1796 que habia formado Carnot; pero si era atrevido, no era menos acertado é inteligente. Jourdan y Moreau, á la cabeza de setenta ú ochenta mil hombres cada uno, debian penetrar en Alemania; el primero por el paso del Mein y el segundo á través del Neckar para reunirse en la cuenca del Danubio y bajar por allí á los Estados hereditarios del Austria. Bonaparte en Italia, al frente de treinta y ocho mil hombres, habia de bajar por el Po á través de la Lombardia y amenazar al Austria por el Sud. Así dispuestos, Moreau en el centro y los otros dos á las alas, debian operar un movimiento de avance, hacer vivir sus ejércitos sobre los países enemigos y converger á ser posible en el camino de Viena. Pero los tres ejércitos se hallaban separados, por los Alpes italianos Bonaparte y Moreau, y por las cordilleras de la Franconia Moreau y Jourdan, y de consiguiente, el plan que podia dar grandes resultados con el éxito, podia producir malas consecuencias en caso de un grave revés.

Bonaparte llegó á Italia y fué mal acogido por los generales Massena, Augereau, Serurier, Laharpe, Berthier, ilustres por los señalados servicios que habian prestado á su país, y que, á la verdad, no podian dejar de ver con malos ojos á un general novel, que era de pobre aspecto, flaco y jóven. Aparentó Napoleon no apercibirse de aquella mala voluntad, los reunió y les consultó sobre sus pla-

nes de campaña. Todo el primer mal efecto se habia desvanecido; al salir del consejo Massena dijo á su colega Augereau: «Hemos encontrado á nuestro maestro.» Bonaparte dió en seguida á sus soldados una de esas proclamas que en adelante habian de producir tan mágico entusiasmo á sus tropas: «Soldados, estais mal provistos y casi vais desnudos; el gobierno os debe mucho, pero no puede hacer nada; vuestro valor, vuestra paciencia os

abrigadas hasta allí en el santuario secreto de la idea oprimida, conmovió á los italianos mas que á ninguno de los otros pueblos del continente; mas que á la misma Inglaterra; y era porque Italia con aquella revolucion soñó acaso el medio de sacudir la opresion austriaca que sobre ella pesaba. Cumple, no obstante, decir que las masas populares de Italia yacian en la supersticion y la ignorancia; de manera que apenas notaran la conmocion impresa por la



NAPOLEON EN LONATO (3 DE AGOSTO DE 1796).

enaltecen, mas no os dan gloria ni provecho; yo os llevaré á las llanuras mas fértiles del mundo, donde encontraréis grandes ciudades, ricas provincias; en ellas encontraréis honor, gloria y riquezas. ¿Soldados de Italia, os faltaria acaso el valor?»

Además, Bonaparte llevaba á Italia el espíritu de la revolucion para la cual parecia estar preparada aquella península, y mayormente con respecto á las clases menos favorecidas de la sociedad. El espectáculo, tremendo si se quiere, pero grande de aquella revolucion que augurara la regeneracion de la sociedad francesa al calor de las doctrinas

Francia; pero la aristocracia, la clase media, los literatos y gente instruida despertaron en parte aquellas masas embrutecidas y prepararon la obra de Bonaparte, que iba á reanimar aquel pueblo y darle nueva vida con las fecundas semillas de la libertad, que tan buenos y hermosos frutos habian de dar con el tiempo.

Al ponerse Napoleon al frente de su ejército de Italia se hallaba este acampado en las vertientes meridionales de los Alpes y Apeninos, donde permanecia aguardando á su caudillo tras cuatro años de penosa lucha con los sardos y austriacos. Beaulieu se alababa de

LA VUELTA POR ESPAÑA.

TERCERA PARTE.

En esta parte de la obra se trata de la descripción de las provincias de Aragón, Cataluña y Valencia, así como de sus costumbres, idiomas y productos. Se comienza por Aragón, que se divide en cinco comarcas: el Campo de Borja, el Campo de Cariñena, el Campo de Cariñena, el Campo de Cariñena y el Campo de Cariñena.

Después de describir Aragón, se pasa a Cataluña, que se divide en cinco comarcas: el País de Empordà, el País de Girona, el País de Gerona, el País de Tarragona y el País de Barcelona. Se describe cada una de ellas con sus particularidades geográficas y económicas.

Finalmente, se trata de Valencia, que se divide en cinco comarcas: el País de Castellón, el País de Sagunto, el País de Sagunto, el País de Sagunto y el País de Sagunto. Se describe cada una de ellas con sus particularidades geográficas y económicas.

Después de describir Valencia, se pasa a Murcia, que se divide en cinco comarcas: el País de Murcia, el País de Murcia, el País de Murcia, el País de Murcia y el País de Murcia. Se describe cada una de ellas con sus particularidades geográficas y económicas.

Finalmente, se trata de Andalucía, que se divide en cinco comarcas: el País de Sevilla, el País de Sevilla, el País de Sevilla, el País de Sevilla y el País de Sevilla. Se describe cada una de ellas con sus particularidades geográficas y económicas.

Después de describir Andalucía, se pasa a Castilla, que se divide en cinco comarcas: el País de Valladolid, el País de Valladolid, el País de Valladolid, el País de Valladolid y el País de Valladolid. Se describe cada una de ellas con sus particularidades geográficas y económicas.

Finalmente, se trata de Castilla la Nueva, que se divide en cinco comarcas: el País de Toledo, el País de Toledo, el País de Toledo, el País de Toledo y el País de Toledo. Se describe cada una de ellas con sus particularidades geográficas y económicas.

Después de describir Castilla la Nueva, se pasa a Castilla la Vieja, que se divide en cinco comarcas: el País de Burgos, el País de Burgos, el País de Burgos, el País de Burgos y el País de Burgos. Se describe cada una de ellas con sus particularidades geográficas y económicas.

Finalmente, se trata de Castilla la Vieja, que se divide en cinco comarcas: el País de Burgos, el País de Burgos, el País de Burgos, el País de Burgos y el País de Burgos. Se describe cada una de ellas con sus particularidades geográficas y económicas.

Después de describir Castilla la Vieja, se pasa a Castilla la Vieja, que se divide en cinco comarcas: el País de Burgos, el País de Burgos, el País de Burgos, el País de Burgos y el País de Burgos. Se describe cada una de ellas con sus particularidades geográficas y económicas.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

TERCER PROSPECTO.

Nuestro viaje está recorriendo su tercera etapa.

Después de haber visitado siete provincias, hemos llegado á la de Barcelona y nuestro trabajo encuentra en esta localidad un campo mas vasto en que poder desarrollarse.

Historia, artes, ciencias, industria, comercio, todo parece haberse reunido en Barcelona para dar mas importancia á esta region de España, que si grandes recuerdos encierra en su pasado, no menos preclaros timbres ha llegado á obtener en los presentes.

Ardua fue la tarea que nos impusimos al dar comienzo á nuestra publicacion, graves dificultades nos salen á cada momento al paso, dificultades que hemos conseguido ir venciendo, habiendo llenado nuestro cometido, si no con la perfeccion que hubiésemos deseado, al menos hasta donde nuestra humilde inteligencia ha podido alcanzar.

Barcelona, como ya hemos dicho, nos ofrece un campo mas dilatado; las dos épocas que nos presenta, la pasada y la presente; el trabajo de la inteligencia y el trabajo de la política; los hombres que dieron importancia por medio de las armas, de los tratados y de las conquistas á la antigua corona de Aragon, y los hombres que á fuerza de perseverancia, de laboriosidad y de energía han sabido nivelar su industria con las mas importantes del extranjero, concurrendo con su óbolo á la ereccion de ese gran monumento que la civilizacion moderna está construyendo, ofrecen mucho á los ojos del viajero y mucho tambien á la pluma del historiador.

El pasado y el presente de Barcelona serán visitados por nosotros con la misma escrupulosidad que lo han sido las anteriores provincias. La misma marcha que en estas hemos seguido, la continuaremos en la que hoy damos comienzo, y tan ameno como ha sido el viaje por aquellas, tan recreativo procuraremos que sea en esta.

Sus monumentos, sus recuerdos, sus tradiciones, han de darnos esfera amplia para desarrollar esos cuadros de entretenimiento y solaz; y su industria, ese poderoso elemento de riqueza creado y sostenido por la constancia y el esfuerzo de los hijos de Cataluña, será tratado por nosotros con la delicadeza y el esmero que tanto merece.

Enemigos de elogiar nuestros trabajos, preferimos demostrar á prometer, y como precisamente hay ya publicados dos tomos en los que se hallan condensadas nuestras observaciones por siete distintas provincias, á ellos solamente dejamos el elogio ó la censura, respecto á la realizacion de nuestras primeras ofertas.

En ellos, que contienen el primero, las provincias de Guadalajara, Cuenca, Soria y Zaragoza; y el segundo, las de Huesca, Lérida, Gerona y la república de Andorra, puede verse, no solamente el trabajo de los viajeros y el estudio hecho en aquellas localidades, sí que tambien la parte material de la publicacion que ni por el papel empleado en ella, ni por la cantidad de lectura, ni por la multitud de grabados que la ilustran, guarda proporcion con lo exiguo de su precio.

Y ya que de los grabados hablamos, debemos llamar respecto á ellos la atencion de nuestros lectores, tanto porque en su mayor parte están tomados del natural, cuanto porque existen muchos tambien que no se han visto en ninguna de las obras que se han publicado referentes á esta provincia.

Encomendados á los mejores artistas, obran ya en nuestro poder la mayor parte, entre los que debemos hacer especial mencion de los de las torres y absides de la Catedral y Santa María del Mar, y varios interiores de la Catedral, vistas de distintos puntos, máquinas industriales y otros que fuera prolijo enumerar.

BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra se publica por entregas de 8 páginas en 4.º mayor, de excelente papel y elegantes caracteres, con grabados intercalados en el texto. El precio de cada entrega es el de *medio real en toda España*, repartiéndose cuatro semanales. —Atendido á que ha terminado la publicacion de los dos primeros tomos, los señores que deseen adquirir la obra pueden hacerlo bien de una vez, bien por cuadernos semanales, recibiendo uno ó mas, segun su voluntad, siéndoles servido con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial, admitiéndose tambien suscripciones á tomos determinados, de los publicados ya.